

BAUTISMO DE JESUS

1ª lectura (Isaías 42, 1-4.6-7): ***Sobre él he puesto mi espíritu.***

Salmo (28, 1a y 2.3ac-4.3b y 9b-10): ***«El Señor bendice a su pueblo con la paz»***

2ª lectura (Hechos 10, 34-38): ***Acepta al que lo teme, sea de la nación que sea.***

Evangelio (Mateo 3, 13-17): ***Este es mi Hijo, el amado.***

Se acabaron los días de Navidad, y lo hacen a lo grande, presentándonos a Jesús ya adulto a orillas del Jordán, dispuesto a asumir “todo lo que Dios quiere”. Toma una opción que va a comprometer toda su vida. «Pasará haciendo el bien, anunciando una buena noticia a los pobres, y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios está con Él».

A fuerza de hablar de la divinidad de Jesucristo, por temor a caer en el arrianismo, hemos dejado en la oscuridad el otro aspecto de Calcedonia: «que Jesús es hombre, verdadero hombre». Así aparece en la escena del Jordán: Un hombre de una pieza, legal, tierno, compasivo, recio, luchador, ungido.

Me encanta como lo expresa el himno del viernes de la semana I de la Liturgia de las Horas: «Así: te necesito de carne y hueso. Así: tangible, humano, fraterno». Hay en este Himno de Laudes mucha belleza poética y mucha hondura teológica. Luego los teólogos hablarán de lectura ascendente y descendente, de la cristología y la antropología, pero la poesía es la manera más sublime de decir las cosas.

Esta sociedad nuestra necesita hombres como Jesús. Creyentes o no creyentes (si son creyentes, pues estupendo y maravilloso). Necesitamos recuperar al hombre, dignificarlo en toda su grandeza. Grande sin aditivos. Sin poder ni privilegios, ni títulos, grandes en su desnudez más absoluta, grandes en su ser, ni jefes, ni amos, ni unos más que otros por cuna o por dinero. Hombres y mujeres: honrados, sinceros, desprendidos, solidarios, luchadores, traspasados por la justicia, el amor y la lucha. “Santos, pecadores, jamás corruptos”.

Ahí está Jesús. Sin nada, desnudo, a la orilla del río. Y sobre su desnudez, Dios que le cubre bajo las alas del Espíritu. Y rompiendo la distancia y separación del cielo y la tierra, unidos ya para siempre en el Hombre Dios, la voz tierna del Padre: «Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto». O lo que es lo mismo: “Hijo mío, te quiero”.

Hoy es el último día del tiempo de Navidad, que culmina con la fiesta del Bautismo del Señor. Los textos nos presentan a una persona recia, firme, el “Siervo del Señor” de Isaías, el Jesús dibujado por Pedro en los Hechos, y el Jesús adulto del evangelio bajando al Jordán para ser bautizado. Debemos mirar a Jesús y debemos mirarnos a nosotros mismos en Él. Ese niño, al que hemos abrazado con ternura y amor, no hace muchos días, en las fiestas de Navidad, se ha hecho mayor ante nuestros ojos.

Acudamos con Él al Jordán y contemplemos la escena. Se abren los cielos, y Dios lejano se deja oír. Ya no hay separación entre cielo y tierra. Nada humano le es ajeno a Dios. Y nada de Dios le es ajeno al creyente. Todas las vidas humanas, sobre todo las destrozadas por los humanos alejados de su proyecto, corrompidos por las fuerzas del mal, le importan a Dios y nos importan a nosotros.

Jesús es uno de los nuestros, hijo de Dios e hijo de Hombre. Y eso somos también nosotros. El espíritu de Dios se ha posado en nuestras vidas. Somos hijos muy amados del Padre. ¡Gracias, Señor, tú eres mi Padre y me amas! ¡Tú eres el padre de todos!

Con la experiencia de sabernos hijos muy amados, salimos con Jesús del agua bautismal para realizar en la vida el proyecto del Padre sobre el mundo. Somos criaturas nuevas, revestidos con los rasgos de Jesús. La liturgia aplica a Jesús la figura del siervo, sostenido y elegido por Dios para la ardua tarea de implantar la justicia en la tierra, para romper cadenas de esclavitud y dar vista a los ciegos, porque el ser humano está hecho para la libertad y para la luz. El siervo lo hará de una manera firme pero con ternura, sin gritar, acariciando al que se rompe o se apaga.

Pedro, en una de las primeras homilias de la Iglesia, recordará el momento en que Juan predicaba el bautismo y trazará un dibujo de Jesús con tres rápidos rasgos: ***«Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu; pasó haciendo el bien; curó a los oprimidos por el diablo»***. Y, nosotros, en cada Eucaristía, comulgamos con Él, que vino a anunciarnos la Buena Noticia a los pobres y la libertad a los oprimidos, para abrirnos los ojos a los ciegos e iluminar nuestras vidas.